

Tradiciones muy nuestras

Una propuesta para renovar el espíritu nacional

OSCAR J. ALTAMIRANO

Los mexicanos somos un pueblo de profundo arraigo a nuestras tradiciones. Quien se atreva a negarlo, una de dos: o no es mexicano, o no conoce a los mexicanos. Como evidencias contundentes de ese arraigo basta con mencionar, el día de Reyes, el día de la madre, el día de muertos, y el día de nuestra Señora de Guadalupe. Aunque el día de la madre es un día internacional, es innegable que en ningún otro país se le ha acogido con tanta vehemencia en el regazo patrio, como en México. Este hecho demuestra la elevadísima disposición que poseemos, para hacer nuestras las tradiciones.

Por otra parte, tampoco se puede negar que nuestras tradiciones, en el sentido más amplio de la palabra, *degeneran*. Antaño, en día de Reyes, a quien le salía el muñeco de la rosca, tenía que hacer la fiesta. Hoy, alquímicamente, se hace rosca. Antes, para celebrar el día de la madre y visitarla, no había que irse tan lejos, ahora, es imposible. Cuando los hijos se casan, sus esposas se los llevan lejisimos y, cuando llega el día, el país entero emprende una movilización peor que la de las cruzadas en la Edad Media. El día de muertos está amenazado de muerte por la influencia yanqui y por la burguesía mexicana que todavía cree que ser cosmopolita es equivalente a importar las costumbres, exclusivamente, de Estados Unidos, sin haber vivido jamás en ese país, y lo mejor que le pudo pasar es haber estado en El Paso, de paso. El doce de diciembre diversas peregrinaciones, provenientes de cada estado, culminan su viaje a la Basílica de Guadalupe, para rendir homenaje a nuestra Señora y, para apreciar el famosísimo y místico ayate en que fue envuelto Juan Diego, el cual, hasta la fecha, parece haber resistido todos los embates que la ciencia moderna insiste en propinarle con los químicos más cáusticos al alcance. Con este barbarismo, yo no sé si lo que se pretende probar es la eficacia de un arma secreta, o peor aún, poner en duda la reputación de Juan Diego, que sin duda habrá tenido lo suyo, para ser envuelto en un material de naturaleza tan resistente.

Con esto quiero decir, que si en México somos tan propensos a mantener, importar y degenerar toda clase de tradiciones, no ve razón alguna para dejar de reconocer otro tipo de tradiciones, muy viejas, muy nuestras y que durante años han estado frente a nuestras narices, pero que, en realidad, no las reconocemos como *tradiciones*; y ello, a pesar de estar profundamente acogidas en el regazo patrio con tanto arraigo como las ya mencionadas. Me refiero, específicamente, al dedazo, al destape y a la devaluación. Por pura curiosidad consulté la etimología de la palabra tradición y esto fue lo que encontré: **tradición** latín *traditio-onis*: entrega, de *tradere*: entregar, poner en manos de otro. ¡Claro; —me dije. Esa es, exactamente, la palabra.

Si nuestros políticos se la han pasado poniendo en manos de otro nuestro destino, entonces, cabe decir, que el futuro del mexicano, siempre ha estado en manos de la tradición. Por lo tanto, un gobierno sólo puede ser *congruente* si tiene una visión, bien clara, de nuestra tradiciones. Este razonamiento, puede resultarle escalofriante a una mentalidad inductiva, pero tiene su punto.

Primero porque, para ser congruente, se requiere saber *con qué* hay que serlo. Es decir, uno no celebra el día de la madre con calaveritas, aunque sería ideal, ni el día de muertos yendo a ver a su madre, que tampoco es mala idea. De la misma manera, los niños

no sacan sus zapatitos por la ventanas el día que toca peregrinar, ni los que comen rosca se van para la Basílica a intoxicarse. O sea, está demostrado que el pueblo de México puede ser completamente degenerado en lo que a tradiciones respecta, pero siempre es congruente.

Ahora bien, si la congruencia es una virtud proverbial del pueblo de México, ¿por qué, nuestros gobernantes son tan incongruentes? ¿Por qué, siendo los primeros en *imponer* la celebración de otros días patrios que ya a nadie le importan y ni siquiera le afectan, no son capaces de instituir aquellos que sí importan, que vaya que afectan y que, egoístamente se guardan celosamente para sí mismos, en lugar de compartirlos con el resto de la nación? En eso los yanquis son infinitamente menos complicados y su salvación (si es que realmente se consideran salvados) radica en la ausencia absoluta de tradiciones. En México, sin embargo, mientras se da el famosísimo cambio tan esperado ¿no quedaríamos enormemente beneficiados con el simple hecho de saber a qué debemos atenernos?

Por lo pronto, propongo que nuestros políticos comiencen a gobernar compartiendo tradiciones que también son nuestras y que se instaure, de inmediato, un nuevo calendario de festejos en el orden que sigue: Primero, el día del Dedazo. Integrantes: miembros del gabinete. Recinto: nicho sagrado de alguna de las pirámides de Palenque. Ciclo: cada setenta y dos lunas. Ritual: el elegido se prepara para ser embestido por un dedo de piedra. Si sobrevive, es trasladado en *grumman*, directamente a Los Pinos. A las multitudes sólo se les informa si su condición es estable, y se les permite chupar dedos de caramelo que se venden en las esquinas.

Segundo: El día del Destape. Integrantes: el secretario de Salud (que generalmente es un médico), el presidente en turno (que generalmente es su paciente), y el afectado (que generalmente es el padrino de todos los hijos de todos los miembros del gabinete). Lugar: el Zócalo. Ceremonia: el elegido, que ha sido transportado en la madrugada, mientras dormía, con aposento y todo, a la plaza, es, literalmente, descubijado a ojos de la muchedumbre, ansiosa de conocer su identidad. Acto seguido, se le cubre con el ayate de Juan Diego (previa autorización del arzobispado) y si no le pasa nada, al ayate, por supuesto, el mundo sabrá que el sucesor es de mucha ley.

Tercero: el día de la Devaluación. Integrantes: el presidente en turno, el gobernador del Banco de México, el secretario de Hacienda, y dos o tres posibles sucesores de este último, por si se ofrece. Lugar: Edificio Guardiola. Ciclo: cada año. Acto cívico: se le toma la muestra al nivel de reservas (el *haber*, en lenguaje contable) y se le resta al *debería haber*. La operación arrojará una cifra. Si ésta es de tono purpúreo, quiere decir que los Dioses ansían un sacrificio colectivo, que implicará para el pueblo hambre y trabajos forzados, durante seis años. Si la muestra resulta incolora, lo más probable es que se trate de un aviso: la llegada de un nuevo Dios.